



Antonio Rubial García

“Estrategias de impacto. La llegada de los padres apostólicos de *Propaganda Fide* a Querétaro”

p. 261-274

Religión, poder y autoridad en la Nueva España

Alicia Mayer y Ernesto de la Torre Villar
(edición)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2004

446 p.

Mapas, cuadros, ilustraciones

(Serie Historia Novohispana 72)

ISBN 970-32-1893-8

Formato: PDF

Publicado en línea: 10 de diciembre de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/439/religion_poder.html

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



VI

LA TAREA MISIONAL



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



ESTRATEGIAS DE IMPACTO. LA LLEGADA DE LOS PADRES APOSTÓLICOS DE PROPAGANDA FIDE A QUERÉTARO

ANTONIO RUBIAL GARCÍA
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

En 1683 se fundaba en la ciudad de Querétaro el primer colegio de *Propaganda Fide*. La elección que hicieron los padres apostólicos llegados de España de una ciudad como ésta para hacer su primera fundación americana se debió a varias razones: como tercera ciudad del virreinato, tenía la prosperidad suficiente para sostener los gastos que requería una fundación así; tenía además la ventaja de que una buena parte de la vida religiosa estaba en manos de los franciscanos, aunque existían otros templos; finalmente, la ciudad poseía una situación táctica privilegiada en la salida de los caminos que iban hacia el norte, que era la tierra de la misión. La llegada de este instituto a la ciudad trajo consigo no sólo un nuevo concepto de lo que debía ser la misión franciscana en las fronteras, sino también un fuerte impacto en la sociedad que le dio albergue.

Al llegar a Querétaro, la nueva institución tuvo que abrirse un espacio propio y entrar en competencia con el clero secular y con las otras órdenes religiosas: jesuitas, carmelitas y dominicos. Parte de su labor se dirigió así a ganarse a la población local por medio de la predicación en las llamadas “misiones cuaresmales”, de la administración sacramental y de la introducción de prácticas como el *vía crucis*, nunca antes vistas en Nueva España y famosas por el rigor de las penitencias que en ellas se realizaban: portar cruces, sogas y coronas de espinas y hacer que legos y donados dieran a los frailes bofetadas, les tiraran de las sogas y los pisotearan. Con la predicación y tales ejemplos, nos dice el cronista Isidro Félix de Espinosa, la ciudad se convirtió en una de las “más ejemplares del orbe”; mediante la actividad de los padres apostólicos, Querétaro ya no fue más lugar de fandangos y deleites, ya no se escuchaba en

él “el arpa ni la guitarra, todo era rezar y sermones”.¹ Tales prácticas atrajeron muy pronto a toda la población urbana. A partir de entonces, el colegio puso en marcha varias estrategias para imponerse como una institución rectora en Querétaro.

El caso de las endemoniadas

La competencia entre el colegio y las otras órdenes religiosas se puso por primera vez de manifiesto durante un proceso acaecido entre finales de 1691 y principios de 1692, a escasos diez años de la llegada de los padres apostólicos a Querétaro. Durante ese tiempo, la exacerbada espiritualidad centrada en los temas pasionarios y demoníacos importada de España por los religiosos, tuvo un gran impacto, sobre todo en las mujeres; como efecto de su predicación, cuenta el cronista Espinosa, ellas derramaban abundantes lágrimas durante los sermones y cambiaban sus “vestidos escandalosos” por el áspero sayal franciscano.² Pero lo que más consternó a la sociedad fue que algunas de esas mujeres comenzaron a mostrar síntomas de posesión demoníaca después de los sermones encendidos de los frailes.

El comisario del Santo Oficio, Juan Caballero y Ocio, quien también era uno de los hombres más prominentes de la ciudad, informó a fines de 1691 de lo grave que era ya la situación. Las endemoniadas se resistían a recibir la comunión, insultaban a la Virgen María y escupían las manos de los frailes, los crucifijos y las reliquias, por lo que los religiosos comenzaron a realizar espectaculares exorcismos en medio de oraciones y procesiones de penitentes que se azotaban y portaban sogas en los cuellos. Francisca Mejía, Juana de los Reyes y otras mujeres, que dijeron tener a los espíritus malignos por obra de una hechicera llamada la Chuparratones, blasfemaban, hablaban lenguas extrañas y arrojaban objetos de sus entrañas. Aunque

¹ Una de las prácticas asociadas con el Vía Crucis (aparecido en el ámbito mediterráneo a principios del XVII) fue la flagelación. Al parecer el arzobispo Aguiar y Seijas la introdujo con gran fuerza en las diócesis que rigió, pero sobre todo fueron los colegios de *Propaganda Fide* los que generalizaron su práctica. Isidro Félix de Espinosa dice que uno de sus grandes promotores fue fray Francisco de Casañas y que el colegio de Querétaro convirtió esa práctica en el centro de sus predicaciones, Isidro Félix de Espinosa, *Crónica apostólica y seráfica de todos los colegios de Propaganda Fide de esta Nueva España*, Washington, Academy of American Franciscan History, 1964, p. 173, 175 y 367.

² *Ibidem*, p. 183, 189 y 193.

los exorcismos conseguían alivios momentáneos, los demonios regresaban al día siguiente con nuevos ímpetus. Una niña, Catarina de las Casas, dijo haber sido llevada por los aires a una colina para que sellara un pacto con Satanás. Lo que en otras circunstancias no hubiera pasado de ser un simple hechizo, con la intervención exacerbada de los padres apostólicos, se convirtió en un complot demoníaco.³

Sin embargo, muchos miembros de las otras órdenes religiosas comenzaron a dudar de la veracidad de los hechos; algunos consideraban que las mujeres estaban locas, ebrias o que mentían para ocultar algún pecado mortal y que no podían recibir los sacramentos, verdadero motivo por el cual rechazaban la comunión. El carmelita fray Manuel de Jesús María escribió a los inquisidores que los franciscanos realizaban prácticas aprendidas en España en circunstancias muy distintas y que desconocían la disposición de la gente de estas tierras, clara alusión a que detrás del asunto también había cierto rechazo de los criollos a los peninsulares recién llegados. El carmelita acusaba a los franciscanos de ordenar “penitencias indiscretas” y de ser “apasionados y escrupulosos”. Contra esta oposición de los escépticos, los padres apostólicos, por medio de uno de sus voceros, fray Pablo Sarmiento, guardián del colegio, defendieron con firmeza la veracidad de las posesiones, aun después de que una de las mujeres dio a luz una criatura. Lo más insólito llegó cuando fray Mateo de Bonilla, asistente de Sarmiento, sostuvo haber recibido información de los mismos demonios de que el embarazo fue producido por el semen que un diablo introdujo en la boca de la víctima. Llegó incluso a afirmar que la cuestión de las posesiones era un dogma de fe, como la presencia de Cristo en la Eucaristía.⁴

Estas declaraciones fueron la gota que derramó el vaso; dominicos y carmelitas desataron una campaña de desprestigio contra los religiosos del colegio. Mencionaron que otra de las posesas estaba preñada y llegaron incluso a insinuar que los mismos frailes pudieron estar implicados en los embarazos. A principios de 1692 la Inquisición tomó cartas en el asunto: las mujeres fueron acusadas de fingimiento, apresadas y enviadas a México, se mandó prender a fray Mateo de Bonilla por proposiciones temerarias y heréticas y se reprendió violentamente a fray Pablo de Sarmiento por sembrar

³ La primera que estudió el caso fue Solange Alberro, *Inquisición y sociedad en México, 1571-1700*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988, p. 508 y ss.

⁴ El estudio más reciente del caso está en Fernando Cervantes, *El Diablo en el Nuevo Mundo*, Barcelona, Herder, 1996, p. 173 y ss.

discordias e inquietudes. Solange Alberro, quien fue la primera que estudió el caso, insiste en la necesidad de los frailes de establecer su liderazgo espiritual en una ciudad donde las otras órdenes comenzaban a tener una fuerte presencia. El apoyo de las supuestas endemoniadas se puede explicar en este clima. Así, el caso de Juana (embarazada por su mismo hermano y que buscó disimular su estado fingiendo la posesión demoníaca después de un fallido intento de aborto), fue utilizado por los frailes recién llegados como estrategia para imponer su presencia entre la población. “Los frailes menores —dice Solange Alberro— que sacaron la situación de su aspecto banal y popular, se aprestan a dominarla y a desarrollar una doble estrategia en función de sus fines personales”.⁵ El Demonio se había convertido en el principal propagandista de los logros del Colegio apostólico y de sus santos frailes.

La beata Francisca y las misiones del norte

El fuerte golpe y el desprestigio que los frailes del Colegio recibieron con el caso de las endemoniadas debían ser subsanados de inmediato. Había que mostrar a la sociedad queretana que los padres apostólicos no sólo tenían una ortodoxia a toda prueba, sino además que su colegio seguía siendo un almáxico de virtudes cristianas para aquellos que se acercaban a sus religiosos en busca de auxilio espiritual. La ocasión para sacarse la espina de las endemoniadas se las dio otra mujer, Francisca de los Ángeles, cuyo caso ha sido estudiado por Ellen Gunnarsdottir.⁶ Desde fines del siglo XVII esta terciaria, muy cercana al colegio de *Propaganda Fide* de Querétaro y a sus misioneros, repartía objetos y visiones avalada por sus protectores, quienes consiguieron detener una investigación inquisitorial abierta en su contra en 1694.⁷ Este apoyo le permitió

⁵ Alberro, *op. cit.*, p. 512.

⁶ Ellen Gunnarsdottir, “Una visionaria barroca de la provincia mexicana: Francisca de los Ángeles (1674-1744)” en Asunción Lavrin y Rosalva Loreto [editoras], *La escritura femenina en la espiritualidad barroca novohispana, siglos XVII y XVIII*, México, Universidad de las Américas/ Archivo General de la Nación, 2002, p. 205-262, p. 217. Dicha Francisca decía además que “para que no la echasen de menos en su lugar quedaba santa Rosa de Viterbo”. AGN, *Inquisición*, v. 639, 2a. parte, exp. 6, f. 407r. y s.

⁷ El mismo comisario de la Inquisición, Juan Caballero y Ocio, era amigo de la acusada y no hizo mucho por formular el caso contra ella. Ocio era su admirador y mecenas y no tenía más que elogios para ella. Tuvo además como directores espirituales a gente tan destacada como fray Antonio Margil de Jesús y fray Isidro Félix de Espinosa. *Ibidem*.

ser fundadora y directora del beaterio de Santa Rosa de Viterbo, tarea que la ocupó desde 1727 hasta 1740, año en que murió. Los franciscanos no sólo la apoyaron en sus proyectos, sino que además difundieron sus visiones, sobre todo aquellas relacionadas con sus recién abiertas misiones en el norte de Nueva España, lugares en donde la beata “había viajado largas distancias... con su ángel de la guarda y bautizado a miles de infieles”. Los franciscanos del colegio de *Propaganda Fide* de Querétaro, como el ilustre fray Antonio Margil de Jesús, no sólo pedían consejos a Francisca antes de emprender sus viajes a tierras ignotas, estaban además forjando una santa local que reforzara el aparato publicitario que les permitiera conseguir fondos y apoyos para sus misiones en Texas. No es gratuito, tampoco, que el padre fray Antonio Margil haya participado activamente en la fundación del beaterio de Santa Rosa en el que también estuvo implicado el padre Isidro Félix de Espinosa.

La situación no era para nada novedosa y, de hecho, lo que los franciscanos estaban haciendo era seguir un modelo español que ellos mismos habían fomentado y utilizado desde mediados del siglo XVII: el de sor María de Jesús de Agreda.

Desde 1630, los frailes menores habían usufructuado ciertas alusiones que esta monja concepcionista, protegida de Felipe IV, hiciera sobre sus viajes en espíritu a América del Norte, visiones que los franciscanos convirtieron en verdades avaladas por el cielo.⁸ Poco a poco se fue tejiendo un proceso hagiográfico apoyado por varias leyendas, difundidas en Nuevo México y Texas por los misioneros, que hacían aparecer a sor María como la señora de azul que había anunciado a los indios la llegada de los franciscanos; de estos hechos, según ellos, quedaba constancia en varias tradiciones indígenas.⁹ Con la publicación en 1670 de la obra más importante de la monja, *Mística ciudad de Dios*, la madre Agreda se volvió parte fundamental de una campaña franciscana que difundió leyendas y cuadros de la venerable, hecho que se vio reforzado por la rebelión indígena que durante doce años (1680-1692) arrebató Nuevo México

⁸ El examen inquisitorial levantado contra la madre Agreda está descrito en la introducción a la edición moderna de la *Mística Ciudad de Dios*, Madrid, Fareso, 1992, obra de Celestino Solaguren, p. XX y s.

⁹ La leyenda tuvo una enorme expansión en el norte, desde la región de los ocroni y el Nuevo México hasta el Canadá. Existen muchos estudios sobre la relación de esta monja (conocida por los indios como “la mujer de azul”) con las misiones norteamericanas, sobre todo en los Estados Unidos. Ver William H. Donahue, “Mary of Agreda and the Southwest United States”, *The Americas*, num. 9, 1953, p. 291-314.

del dominio español y produjo la muerte de 21 franciscanos. Poco después, fray Agustín de Vetancurt, en su *Teatro mexicano* (impreso en 1698) daba una extensa noticia respecto a la intervención de la madre Agreda en la conversión de los xumanas y con ello aumentaba su fama y la de los frailes.¹⁰ Por último, en el siglo XVIII, se hizo pública una carta de la madre Agreda a los misioneros de Nuevo México en la que aseveraba no sólo haber catequizado ella misma a los indios, sino además que san Francisco había enviado dos misioneros a predicar a estas provincias y “el Señor le había prometido que con sólo ver los indios a los hijos suyos se convertirían”. Desde entonces el tema se volvió argumental para demostrar que la orden franciscana estaba predestinada por Dios para evangelizar la América septentrional.¹¹ En este contexto son explicable tanto las visiones de Francisca, la beata cercana al colegio de de Santa Cruz, como el apoyo de los padres apostólicos a sus “viajes misioneros”, cuya difusión fomentaba el prestigio y la autoridad de la institución que la acogía.

Las alianzas con los poderes rectores de la sociedad queretana

Desde su llegada a la ciudad de Querétaro, los padres apostólicos trataron de establecer sus más fuertes vínculos con los máximos poderes de la ciudad y sobre todo con su personaje más prominente: don Juan Caballero y Ocio. Esto los llevó a buscar la “unión espiritual” con una de las instituciones que él más protegió: la congregación de Guadalupe. Desde 1688 el colegio logró establecer un pacto de hermandad con dicha fraternidad de sacerdotes seculares. La alianza vinculaba las fiestas de la Santa Cruz y de san Pedro, que eran celebradas en los respectivos templos de ambas corporaciones, haciéndose cargo cada una del sermón y la misa en la celebración de la otra. Ambas compartían también la obligación de decir misas por los miembros difuntos indistintamente y las dos confesaban en los jubileos de las 40 horas en ambos templos. Sin embargo, por orden del Comisario General de los franciscanos la hermandad quedó deshecha en 1713.¹²

¹⁰ Agustín de Vetancurt, *Teatro mexicano*, México, Porrúa, 1982, parte IV, p. 96.

¹¹ Francisco de Palou, *Recopilación de la noticias de la antigua y nueva California*, 2 v., edición de José Luis Soto y Lino Gómez Canedo, México, Porrúa, 1998, II, p. 808.

¹² Lino Gómez Canedo, introducción a Isidro Félix de Espinosa, *op. cit.*, p. 217 y ss. 185, n.5. Ver también las anotaciones que hizo Joseph María Zelaa e Hidalgo a las *Glorias de Querétaro* de Carlos de Sigüenza (México, Zúñiga y Ontiveros, 1803), p. 143.

A pesar de todo y durante el tiempo que duró, esa alianza sirvió para afianzar la presencia de los padres apostólicos en Querétaro. Así, la firme amistad que entabló el colegio con el bachiller Juan Caballero y Ocio, alma de la congregación de Guadalupe, le redituó suficientes limosnas de ese benefactor para concluir en 1702 la ampliación de su iglesia con un soberbio crucero. El sermón que se predicó el primer día de la celebración inaugural fue una apología a tan dadivoso mecenas y a los apostólicos frailes. En el impreso con que se conmemoró el acto, tanto Isidro Félix de Espinosa, autor del texto dedicatorio, como fray Joseph de Castro, el orador, compararon al patrono con el águila de alas abiertas (emblema de su escudo de armas) que simbolizaba la caridad y hacían un símil entre el crecimiento de la cruz milagrosa y el caudal dadivoso y creciente de don Juan, pero desde su principio el sermón afirmó también la exaltación de los franciscanos: “De este castillo salen los soldados apostólicos predicando el Evangelio y prometiendo la eterna felicidad al que de su predicación se aprovecha”.¹³

Con esta apología al benefactor y al colegio parecería que las cosas no podían cambiar entre los padres apostólicos y el clero secular, pero en 1713 se disolvió la hermandad, posiblemente a causa de otro sermón. En ese año está registrado en los documentos inquisitoriales que el guardián del colegio de Santa Cruz de Querétaro fue condenado por supuestas injurias contra el estado eclesiástico emitidas desde el púlpito el día de la celebración magna del colegio: la exaltación de la Santa Cruz. Al parecer la causa que motivó el sermón había sido la ruptura de la precedencia durante la fiesta del Corpus.¹⁴

La separación de la congregación de Guadalupe fue un duro golpe para las estrategias de penetración de los padres apostólicos.

¹³ Joseph de Castro, *Sermón que en el día primero de su celebridad en la muy plausible fiesta de la ampliación del crucero y reedificación del templo de la milagrosa Santísima Cruz de piedra de la ciudad de Querétaro*, México, Francisco Rodríguez Lupercio, 1702. LAF. 1144. Biblioteca Nacional de México (Colección Lafragua).

¹⁴ “Denuncia de un sermón que predico el día 14 de septiembre de 1711, el r. p. guardián del convento de la Santa Cruz de Querétaro, fr. Ángel García Duque, en la fiesta de la exaltación de la Santa Cruz Querétaro”, AGN, *Inquisición*, 750, exp. 37, f. 591 a 604. “En el día de Corpus en que siendo el día más pacífico que había, se ha hecho el día más escandaloso perdiendo el decoro a el Santísimo Sacramentado con notificaciones y disturbios no viéndose en ese día más que escribanos en las esquinas tomando testimonios, faltando en esto a la reverencia debida del divino Sacramento [...] y todo esto por qué? por un punto de aire de si han de ir antes o después, sea estas razones” (f. 593). Los inquisidores consideraron que el sermón no contenía “cosa digna de censura ni otra cosa más que el reprendre *in objecto* los escándalos, disensiones y vanidades con animosidad religiosa que es laudable y más en parajes donde luce más que ella la adulación y flores”. (f. 604).

Sin embargo, diez años después se les daría una nueva arma para implantar su primacía espiritual en la ciudad. Esa ayuda les vendría de donde menos se esperaba: de los indígenas.

El colegio apostólico y el mito fundacional de Querétaro

A los padres apostólicos se les otorgó el cerro de Sangremal para la fundación de su instituto. En ese lugar existía desde principios del siglo XVII una ermita que a partir de 1640 administraba una comunidad de recoletos franciscanos bajo la advocación de san Buenaventura; en ella se veneraba una reliquia importantísima para la ciudad, una milagrosa cruz de piedra. Los padres apostólicos supieron utilizar muy bien tanto el lugar de su fundación como ese objeto sagrado para atraer peregrinos y limosnas para su colegio y para desempeñar un papel rector en la ciudad, pero, al parecer, nadie conocía el origen de la portentosa cruz antes de 1717. A mediados del siglo XVII, el cronista queretano fray Alonso de la Rea manifestó explícitamente: “el origen de esta reliquia no se sabe porque con el tiempo se ha borrado”.¹⁵ Tampoco Carlos de Sigüenza y Góngora, en sus *Glorias de Querétaro*, menciona noticia alguna de tan milagrosa aparición, aunque en su obra atribuyó a la cruz de piedra algunos milagros como “resucitar muertos, sanar heridas, curar enfermedades” y sobre todo crecer y temblar, hecho prodigioso que se dio al aproximarse las fechas de la fundación del santuario de Guadalupe, objeto de su reseña.¹⁶

También parece ignorar su origen fray Joseph de Castro, fraile apostólico encargado de predicar el sermón inaugural del nuevo templo de Santa Cruz en 1702. En la pieza oratoria aparecen varios paralelismos que equiparan al templo franciscano y a su cruz de piedra con emblemas del Antiguo Testamento. La iglesia es el templo de Jerusalén pues, como éste, contenía el Arca de la nueva Alianza, la Santa Cruz. Las tablas de piedra de la ley recuerdan las piedras con las que estaba fabricada esa cruz milagrosa, uno de cuyos prodigios consistía en crecer, como la vara de Aarón.¹⁷

¹⁵ Alonso de la Rea, *Crónica de la orden de Nuestro Seráfico Padre San Francisco; provincia de San Pedro y San Pablo de Michoacán en la Nueva España*, introducción de Patricia Escandón, México, El Colegio de Michoacán/ Fideicomiso Teixidor, 1996, lib. II, cap. 23, p. 191.

¹⁶ Carlos de Sigüenza y Góngora, *Glorias de Querétaro*, Querétaro, Ediciones Cimatario, 1945, p. 28-29.

¹⁷ Castro, *op. cit.*, f. 1-14.

En 1717 fray Joseph Diez hacía el traslado de un documento conservado en los archivos del convento, una relación de la conquista de Querétaro hecha supuestamente por el cacique otomí don Nicolás de San Luis Montañés. Afortunadamente conocemos ese documento en el que se puede notar su origen oral por la repetición de temas y asuntos, por la falta de concordancia histórica de los personajes y por la mención de hechos sacralizados por la historia oficial como el bautizo de los señores de Tlaxcala y la participación de la Malinche (a quien se llama congregadora y pobladora de México y se la hace esposa de Moctezuma). En el documento se narra cómo don Nicolás, con el permiso del virrey Luis de Velasco y en nombre del emperador Carlos V, participó en una batalla contra los chichimecas en el día 25 de julio de 1502 (fecha imposible varias veces repetida a lo largo del texto) durante la cual se aparecieron en el cielo el apóstol Santiago (cuya fiesta se celebraba ese día) y una cruz roja y resplandeciente. Gracias a este apoyo celestial, el ejército cristiano otomí venció a los chichimecas y pudo fundar la ciudad de Querétaro. En el cerro de Sangremal, donde se había desarrollado la batalla, fue colocada una cruz de madera, pero los chichimecas pidieron al general de los otomíes que la cambiara por una de piedra, la que no fue de su agrado, pues no se asemejaba en nada a aquella de la visión de la batalla. Ellos mismos fueron entonces a recorrer el cerro y en sus bases encontraron cinco piedras de un color ajedrezado blanco y rojo que despedían un suave olor a rosas y azucenas y las llevaron en procesión a la punta del cerro donde armaron con ellas la cruz.¹⁸

En 1722 otro franciscano de ese colegio, fray Francisco Xavier de Santa Gertrudis, daba a la imprenta su obra llamada *La cruz de piedra, imán de la devoción*, en la que copiaba la versión indígena de la milagrosa fundación de Querétaro y del origen de la cruz de piedra. El texto citaba explícitamente que sus datos habían sido extraídos de una fuente indígena, pero daba una nueva fecha (1550) y llamaba a Montañés “General del pueblo de Tula, del orden de Santiago, descendiente de la estirpe real de Moctezuma”.¹⁹ Hasta enton-

¹⁸ Este documento se encuentra en el convento franciscano de San Antonio en Roma y lo publicó Rafael Ayala Echávarri con el título “Relación histórica de la conquista de Querétaro” en *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, julio a octubre de 1948, v. LXVI, núms. 1 y 2, p. 109-152.

¹⁹ Francisco Xavier de Santa Gertrudis, *La cruz de piedra, imán de la devoción venerada en el Colegio de misioneros apostólicos de la ciudad de Santiago de Querétaro. Descripción panegírica de su prodigioso origen y portentosos milagros*, México, 1722, f. 9 y ss.

ces ningún escritor español había asociado esa cruz con un milagro acaecido durante una supuesta batalla que precedió a la fundación de la ciudad. Fray Francisco Xavier de Santa Gertrudis encontró así, en la tradición indígena que descubrió, las pruebas de un hecho desconocido hasta entonces por todos. Querétaro había sido fundado después de una batalla en la que estaba presente la reliquia maravillosa que el colegio custodiaba. Y para confirmar la veracidad del hecho narrado por la tradición indígena, el fraile da como prueba el propio escudo de armas de la ciudad, otorgado por Felipe IV en 1665: “y ya se sabe lo que persuaden las pinturas y las láminas para reforzar la fe humana a la credulidad de antiguas tradiciones, pues son los buriles y pinceles mudos cronistas que con luces y con sombras dan a la posteridad delineados en sus lienzos los tesoros de la historia y exarados en sus bronces los monumentos de la Antigüedad”.²⁰ Gracias a la posesión de esa reliquia, convertida en el símbolo mismo de la ciudad, el colegio de *Propaganda Fide* se volvía el centro espiritual de Querétaro, el Calvario de la nueva Jerusalén, el sitio de su milagrosa fundación, su lugar más sagrado.

Isidro Félix de Espinosa y su crónica apologética

El padre Santa Gertrudis fue sólo uno de los peones, aunque muy importante, que trabajó en la construcción de ese edificio publicitario que convertiría al colegio de Santa Cruz en el más glorioso instituto religioso de Querétaro, pero, sin duda, la mente rectora que se encontraba detrás de ese proyecto no era él, sino su hermano de hábito fray Isidro Félix de Espinosa. Este criollo queretano había encargado, mientras fue guardián del colegio entre 1721 y 1724, la obra sobre la milagrosa cruz de piedra al padre Santa Gertrudis y de hecho él mismo escribió en ella la dedicatoria al capitán José de Urtiaga, el síndico del colegio que financió la impresión. Muy posiblemente, gracias a este texto fray Isidro comenzó a interesarse en la historia del colegio, aunque ya había escrito sobre la famosa reliquia en 1703, como vimos, en la dedicatoria que hizo a don Juan Caballero y Ocio al inicio del sermón que predicó el padre Castro.

Hombre de acción, misionero en Texas y fundador del colegio de San Fernando, Espinosa pudo dedicar poco tiempo a sus intere-

²⁰ Francisco Xavier de Santa Gertrudis, *op. cit.*, p. 11.

ses históricos, aunque desde 1726 fue nombrado cronista de su instituto. Por 1740 lo descubrimos hurgando los archivos pues ese año encontró, como él mismo lo dice, el protocolo de Santa Clara que vino a revolucionar su teoría sobre la fundación de Querétaro y el origen milagroso de la cruz de piedra: el héroe de la milagrosa batalla no había sido Nicolás Montañés sino Hernando de Tapia, cacique otomí, verdadero fundador de Querétaro y padre del patrono del monasterio de las clarisas.²¹ En 1746 Espinosa daba a la luz su *Crónica apostólica y seráfica de todos los colegios de Propaganda Fide de esta Nueva España*. En ella, toda la primera parte (del capítulo 2 al 8) está dedicada a la cruz de piedra, lo que nos da la idea de la importancia que tenía para el colegio usufructuar el prestigio de la milagrosa reliquia para sacralizar su presencia en Querétaro.

Pero la crónica es algo más que una relación de milagros, es una apología del instituto del que han salido los otros colegios de *Propaganda Fide* fundados en Zacatecas, Guatemala y la ciudad de México, es una exaltación de la actividad misionera que han desplegado los padres apostólicos en las dos fronteras de la Nueva España, es una prolongada narración hagiográfica de hazañas portentosas, de exitosos viajes evangelizadores entre pueblos bárbaros, de las heroicas virtudes de predicadores como fray Antonio Margil de Jesús o fray Antonio de Jesús María Linaz, o de mártires cuyas hazañas son dignas de los primeros tiempos del cristianismo, como fray Francisco Casañas de Jesús María (al que llama protomártir de *Propaganda Fide* en la América Septentrional) o fray Pablo Rebullida. Con la obra de fray Isidro, la fama y la actividad del colegio de Querétaro trascendía a la ciudad que lo había albergado y se convertía en una de las instituciones más importantes de la cristiandad universal. Con esta crónica se concluye un proceso que duró más de seis décadas de una activa propaganda política dirigida a convertir al colegio de Santa Cruz en la institución rectora de la espiritualidad, no sólo de Querétaro, sino de toda la Nueva España. En este reino, que consolidaba sus espacios de identidad al tiempo que ampliaba sus fronteras, se afianzaban en la primera mitad del siglo XVIII las prácticas, los símbolos y las instituciones que conformarían la visión optimista de que los novohispanos vivían en un nuevo paraíso terrenal.

²¹ Ver su crónica en los capítulos 1 y 3, p. 102 y 110 del libro primero. Más datos sobre su vida se encuentran en la introducción de Lino Gómez Canedo ya citada. Sobre los mitos fundacionales de Querétaro tengo en prensa un estudio intitulado: Santiago y la cruz de piedra. La mítica y milagrosa fundación de Querétaro, ¿una elaboración del Siglo de las Luces?



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS